

dia, pero el hecho es que lo mismo habían dicho ya, antes que él, muchos otros en Italia, como Flavio Biondo, Policiano y otros representantes del Renacimiento.

De las contiendas entre los potentados alemanes y el papado en que figuró Heimbürg, es una de las más interesantes la que suscitó el orden del papa de reconocer a Nicolás de Cusa como obispo de Brixen, contra la cual protestó el soberano de este territorio, el duque Segismundo de Austria.

El haberse encargado de esta protesta y del litigio el jurisperito Heimbürg, es incomprensible, porque si bien su contrario representaba y defendía las pretensiones de la curia, cuya ambición insaciable combatía Heimbürg, no dejaba de ser el nuevo obispo compatriota suyo y de estar animado en el fondo de su misma convicción respecto del papado y también respecto de la necesidad de activar los estudios humanistas y hacer una reforma en la Iglesia. Mientras Heimbürg se regocijaba al ver la lucha entre la Iglesia y el poder civil, que se disputaban el dominio del mundo, y hacía el fin de su vida despreciaba la ciencia porque le acobardaban los peligros que podía traer consigo, Nicolás de Cusa, sacerdote y cardenal obispo, trabajaba silenciosamente en el proyecto utópico de conciliar las diversas creencias y poner término a las contiendas religiosas, aumentando al propio tiempo, por medio del estudio constante y asiduo, el caudal de sus conocimientos múltiples y vastos, porque conocía tan a fondo los clásicos y principalmente los filósofos antiguos como los autores místicos de la Edad media. Como matemático y astrónomo, Nicolás de Cusa presintió grandes descubrimientos, como el movimiento de la tierra sobre su eje, y propuso y justificó científicamente modificaciones del calendario. Como teólogo y celoso católico, trabajó activamente por realizar la unidad religiosa de todo el Occidente y demostró a pesar de este celo su recto y sano criterio, negando la legitimidad de ciertas pretensiones de la Iglesia romana que habían adquirido con el tiempo el carácter de derecho inquestionable, como las falsas decretales de Isidoro. Finalmente como humanista adquirió un conocimiento profundo de los autores griegos y latinos; reunió una excelente biblioteca, principalmente de manuscritos, la puso a disposición de sus amigos y animó a estos y a otros de palabra y con su apoyo material a perseverar en sus estudios laboriosos y raras veces recompensados. Por esto proclamaron los humanistas contemporáneos su fama en frases entusiastas y retumbantes; y hasta los que vinieron después, tan dispuestos a ridiculizar a los precursores de la nueva era intelectual en Alemania, hicieron justicia a su mérito y su nombre ha sido recordado en todo tiempo con respeto. Véase cómo se expresa Juan Tritemio (1) respecto de este varón: «Nicolás de Cusa fue para la Alemania un ángel de luz y de paz, en medio de tinieblas y de la confusión; restableció la unidad en la Iglesia, robusteció la autoridad del papa y esparció rica semilla de una nueva vida; y si parte de ella no ha germinado por la dureza de corazón de los hombres, y otra parte, aunque llegó a florecer no fructificó por la indolencia y dejadez que marchitó las flores, a lo menos otra parte notable ha dado fruto que todavía saboreamos. Fue hombre de fe y de amor, apóstol de la piedad y de la ciencia; su espíritu abarcó todos los ramos del humano saber, pero toda su ciencia se derivaba de Dios y no tenía otro objeto más que la glorificación del

(1) Juan Tritemio, ó mejor dicho, Juan Heidemberg, natural de Tritenheim ó Trittheim en el arzobispado de Tréveris, nació el año 1462, dos años antes de la muerte de Nicolás de Cusa; entró en 1482 en la orden de San Benito y murió en 1516, siendo abad de Santiago, en Wurzburg. Fue gran fomentador de las ciencias y dejó algunas obras históricas y otras científicas y espirituales. (N. del T.)

Sér Supremo y la edificación y mejora del hombre. Por esto puede adquirirse sabiduría verdadera en sus lecciones.»

Estos precursores establecieron, pues, los cimientos grandes y robustos sobre los cuales se fué elevando el humanismo alemán, hasta llegar a ser una potencia intelectual poderosa. Sin embargo, desde su primera aparición, que puede colocarse aproximadamente al rededor del año 1470 hasta 1520, se manifiestan en él divergencias profundas, que si impidieron la caída del nuevo movimiento en la monotonía, fueron también obstáculo a un gran desarrollo e hicieron cambiar continuamente la marcha y el aspecto de las cosas. El movimiento, siendo en el fondo uno, parecía a veces otro diferente, y pronto se formaron dos secciones principales, la de los humanistas avanzados y la de los retrógrados. Esta diversidad era a veces nacional, otras teológica y otras científica. Los unos, considerando la Italia como cuna de la civilización, trataban de aproximarse a ella en costumbres y estudios, ó si tenían ideas cosmopolitas, miraban como una debilidad lamentable la tendencia a crear un humanismo exclusivamente alemán. Sus contrarios se esforzaban, empleando a menudo medios nada laudables, en glorificar la patria y su pasado, aunque no se atrevieron a realizar el acto más patriótico de servirse del idioma patrio y trabajar para asegurarle el dominio sobre el latín y demás lenguas. En otro terreno, los unos, apegados a las ideas de la Edad media, querían que la teología fuese la única ciencia, ó cuando menos la principal, digna de estudiarse, y erigir a la Iglesia en señora absoluta de las inteligencias; mientras los otros solo querían servir a la ciencia, y entraban con los teólogos en fiera lucha cuando estos creaban obstáculos al movimiento literario y científico. En el terreno científico apoyaban los unos el estudio de los autores antiguos como objeto único, otros querían aumentar con la práctica el caudal reunido por aquellos, con nuevas observaciones e investigaciones; pero dedicados a este trabajo fatigoso se olvidaban de adaptar su saber a las necesidades prácticas de la vida. Otros servían a la ciencia haciéndola práctica, considerándose como sus sacerdotes militantes, siempre prontos a acudir, como médicos, adonde se manifestaban defectos en la sociedad y en la vida, para curarlos. Estos, en lugar de grandes tratados, escribían opúsculos que ni penetraban seriamente en el fondo de los asuntos ni eran más que controversias llenas de elogios sin sustancia de las ideas y teorías que defendían, entremezclados con sátiras y ataques no menos insustanciales contra los defensores de las ideas opuestas. Estos contrastes entre los genios jóvenes y los viejos, entre los alegres y los malhumorados, entre los atrevidos impremeditados y los ultra-prudentes, se han visto en todas partes y tiempos, y en la historia del humanismo alemán forman hasta tres épocas perfectamente distintas, bien que con sus respectivos períodos de transición.

El primer período es el teológico, íntimamente relacionado por la afinidad mutua con el período de los precursores de las letras humanas. Esta afinidad no consistía solamente en el grandísimo respeto que merecían la Iglesia y sus instituciones a los primeros apóstoles del humanismo y a los humanistas del primer período, porque este respeto lo tuvieron también los que vinieron después, sino en su inclinación a la Iglesia, a causa de la debilidad de ambos partidos, que sin apoyarse en la Iglesia carecían de fuerza para sostenerse independientes de ella, porque ella había sido y era la que había despertado sus sentimientos antes latentes, ella les distribuía consuelos en los tiempos de padecimientos, ella elevaba su espíritu cuando su pecho latía de alegría y a ella debían su caudal intelectual. Esto explica la causa de sus escrúpulos de conciencia en el estudio de las humanidades,

tan inseparables del culto pagano y de sus ideas é ideales, y por eso muchos temían perjudicar su alma al aumentar su saber; no pocos, según hemos visto ya, dominados por este temor, prefirieron, en la duda, renunciar a sus estudios para salvar su alma, y no contentos con este sacrificio, fueron más lejos, y se encerraron en conventos ó se hicieron ordenar curas para mejor librarse de los peligros y seducciones del mundo. Estos pensamientos son en todo tiempo propios de caracteres débiles, pero en aquella época eran generales y no se libraban de ellos los espíritus más varoniles, conforme veremos todavía en algunos ejemplos. Entre ellos podemos citar el del pedagogo teórico, el famoso Rodulfo Agrícola.

Este varón eminente nació el año 1443 y murió en 1485. Para juzgarle como merece, no basta leer sus obras, sino que es menester oír las opiniones de sus contemporáneos. Estos, tanto los italianos, que le conocieron en la universidad de Ferrara, como los alemanes, especialmente Alejandro Heigio, que aunque más viejo, sabía apreciar el mérito en los jóvenes, y el gran Erasmo, que aunque sediento de elogios y de fama no era pródigo en alabar a otros, confiesan todos que Agrícola fué uno de los humanistas más eminentes de su tiempo y uno de los fundadores de la nueva vida intelectual en Alemania. «Hubiera podido ser el primero en Italia, pero prefirió la Alemania,» dice uno de sus contemporáneos. Si se le juzga por sus cartas, poesías y otras obras, resulta que las cartas, llenas de un campanilleo discordante de frases vacías, permiten, sin embargo, inferir que el autor no careció de genio propio; que las poesías son divagaciones verbosas é insustanciales, y que sus obras pedagógicas y filosóficas atestiguan un estudio laborioso y concienzudo de los autores antiguos, pero en lugar de acometer su tarea con independencia y valor, se muestra el autor indeciso, meticuloso y en extremo precavido. Su obra más completa se titula: *De inventione dialectica*, y discute difusamente las diferentes maneras de examinar é investigar un objeto; atacando de paso con acritud mordaz el método antiguo de enseñanza, pero sin indicar una reforma que fuese eficaz. Su célebre obra: *De formando studio*, considerada como resumen de los principios pedagógicos del humanismo, no entra en el fondo de las cuestiones que entonces se discutían, y en lugar de trazar a grandes rasgos los estudios nuevos entonces, para confrontarlos con el estado defectuoso de la enseñanza anterior, se contenta con recomendar el estudio de la filosofía, comprendiendo en él la ética y la física, por ser la filosofía la ciencia que eleva el espíritu humano hasta la bienaventuranza perfecta, y luego pide el cultivo asiduo del latín, que debe explicarse siempre en alemán. A estos dos estudios fundamentales añade tres condiciones y los medios de cumplirlas: 1.ª La inteligencia de lo que se enseña, la cual se adquiere con la aplicación asidua. 2.ª Conservación de lo que se ha aprendido, por medio de la memoria. Y 3.ª La aplicación y utilización de lo aprendido por medio de la práctica. Esto no es bastante, ni con mucho, para hacer de Agrícola, como algunos han querido, un reformador de la pedagogía, siendo además chocante que este hombre que daba reglas de enseñanza, jamás quisiera admitir un empleo en este ramo ni trabajar en la aplicación de sus teorías. La misma flojedad é inconsecuencia mostró en otras cosas; patriota más entusiasta y más declamador que los demás, prefirió vivir cuanto pudo en Italia, donde se encontraba más a su gusto que en su país; y habiéndose dedicado toda su vida con mucho éxito a los estudios profanos, quiso santificar el último período de su vida, siendo joven todavía, con el estudio de la teología, según lo participó en una curiosa carta a su amigo Reuchlin, diciendo que a pesar de no haber aprobado este su resolución, quería aprovechar sus ocios para

aprender el idioma que Reuchlin había aprendido en medio de sus muchas ocupaciones; y añadiendo que hasta entonces había estudiado para los otros, es decir, para ser útil a la república de las letras y adquirir fama, pero que en adelante quería mirar por su salvación eterna y profundizar por medio de la teología los sagrados misterios.

El segundo período del humanismo alemán es el científico, que acabó con la preocupación rutinaria de que solo debían estudiar los hombres que se dedicaban a la carrera eclesiástica, y proclamó en cambio el principio de que también podían ocuparse los legos en las sutilezas de la teología. Según los humanistas de este período, los seglares, como mas libres é independientes, podían apreciar con más imparcialidad las cuestiones teológicas más insondables. En este período se ensanchan y aumentan las materias de estudio en Alemania; la lengua griega, hasta entonces apenas atendida, conquista un lugar al lado de la latina, que venía siendo la única lengua usada por los sabios, y al propio tiempo empieza a llamar la atención de los hombres doctos la lengua hebrea, tanto que la calificación académica: «perito en ambas lenguas» (latín y griego), *utriusque linguæ peritus*, se cambió en la calificación más soberbia de: *perito en las tres lenguas (trium linguarum peritus)*. El descubrimiento de nuevos mundos, cuya noticia llegó rápidamente a Alemania, sirvió de poderoso estímulo al estudio de la geografía y condujo a la rectificación de innumerables errores, despertando además el deseo de investigarlo todo, hasta las cosas admitidas entonces como fuera de todo exámen. Se quiso también investigar y esclarecer el pasado de las naciones y de la humanidad en general, deseo que se desarrolló principalmente en Alemania, donde fué fomentado y robustecido por Maximiliano I, hombre simpático, caballeresco y arrojado. Todo esto produjo un espíritu de emulación entre los príncipes y literatos; se fundaron escuelas y universidades, las existentes fueron transformadas y mejor dotadas, ya para borrar la mancha de pasar los alemanes por bárbaros en las naciones más cultas, ya para obligar a estas a conceder al pueblo alemán un puesto a su lado. Además de esta lucha de emulación con las naciones más adelantadas, tenían que sostener otra lucha con los elementos hostiles al nuevo movimiento, no ya en el interior, sino con los muchos nuevos poderosos en los mismos países extranjeros más adelantados. Esta necesidad de elevarse a un nivel superior y de defender lo adquirido, y asegurar su marcha y desarrollo, engendró la afición a las controversias y polémicas que distingue al tercer período del humanismo en Alemania.

Pronto no se contentaron los humanistas con defender los estudios de humanidades y los principios que habían adoptado para el desarrollo intelectual próspero y enérgico; la pasión hizo luego pasar a los más entusiastas y convencidos de la defensiva a la ofensiva, y poco a poco degeneró la lucha, se fueron olvidando los principios en el ardor del combate y se atacó a las personas representantes de los partidos hostiles. Las polémicas personales degeneraron a su vez en sátiras é insultos, a cuyo espíritu se agregaron la afición de lucir ingenio y el deseo de competir y aun sobrepujar a los italianos, que hasta entonces habían sido los maestros de los alemanes. Con esto adquirió la lucha un carácter nacional, con sus ribetes de patriotismo, y siendo Roma la capital, y el papado la potencia más influyente y cabeza espiritual de toda la Italia en particular, y de todo el mundo católico en general, vinieron el odio y la envidia contra la Italia, odio y envidia que se concentraron en hostilidad abierta al papado, que con sus pretensiones de dominio universal exacerbó a una parte de los humanistas alemanes. De esta manera tomó el espíritu polemista alemán el color religioso que caracterizó

za á este tercer período. Entonces los humanistas más ardientes sacaron al sol todos los defectos de los papas y de su corte, su inmoralidad, su frivolidad, su corrupción y venalidad, y como contraste patriótico ensalzaron el poder, la majestad, la bondad y la gloria del emperador, á quien llamaron luz de la tierra y gloria del universo.

En esta situación el que quedó peor parado fué el elemento clerical en Alemania, como representante de los papas y de sus tendencias dominadoras, pero no de la cultura elegante, amable y flexible, aunque á veces puramente exterior, de la corte romana y de los italianos en general. El clero alemán, orgulloso de formar parte de una institución antigua ya, influyente y poderosa, con pretensiones de ser superior á todo, despreciaba el estudio entonces moderno.

En estas luchas tuvieron los humanistas alemanes ocasión de probar sus fuerzas y de persuadirse de que también sabían hablar la lengua de Cicerón, y hacer poesías que en nada cedían á las de Horacio y Virgilio, y de que para aprender el griego no necesitaban ir á Grecia ni llamar de allí maestros. Ellos, á fuerza de trabajo, se habían apropiado á Platon y á Aristóteles después de haber despojado sus obras del barro con que las habían envuelto comentaristas escolásticos y traductores ignorantes, y si bien otros habían abierto el camino para el estudio de las lenguas antiguas, ellos lo habían recorrido de una manera independiente. En lo tocante al estudio del hebreo, los alemanes eran los verdaderos innovadores, que habían dado importancia y valor á los libros hebreos, impresos, es verdad, en Italia, pero que hasta entonces habían sido poco menos que letra muerta. Finalmente, recorriendo el vasto campo del saber, vieron en todas partes caminos abiertos por alemanes ó por lo menos allanados y ensanchados por ellos, y por tanto, que podían jactarse de poseer una vida intelectual floreciente y pujante, todo esto gracias á su actividad.

Con razón han afirmado muchos que en este tercer período del humanismo alemán llegó el movimiento á su mayor altura, á pesar de su duración cortísima y de no poder designarse ni su principio ni su fin, porque el principio se confunde con el final del período segundo, y el fin se pierde insensiblemente en el movimiento de la reforma religiosa, que ahogó en parte sus resultados atravesándose en su camino. Algunos señalan la muerte de Hutten como punto visible de la extinción de la era del Renacimiento en Alemania.

CAPITULO II

EL EMPERADOR Y OTROS SOBERANOS ALEMANES

En todo el tiempo que comprende los tres períodos del humanismo en Alemania ciñeron la corona imperial, sucesivamente, Alberto II, desde el 18 de marzo de 1438 hasta el 27 de octubre de 1439; Federico III, desde 1440 hasta 1492; Maximiliano I desde 1493 hasta 1519, y Carlos V, cuyo reinado pertenece principalmente á la época siguiente, es decir, á la reforma religiosa. Además era extranjero, y los intereses nacionales del pueblo alemán le eran indiferentes cuando no los miraba con abierta hostilidad, y finalmente estaba hartado dominado por otras ideas para tener afición á las letras y las artes. Refiere Bartolomé Sastrow que este emperador hizo contestar á un poeta que le había presentado una poesía, que le habían gustado mucho sus versos y que dijese qué recompensa esperaba; que si deseaba ejecución de nobleza ó la corona de poeta, podía contar cumplido su deseo, pero que no pidiera dinero, porque sería en vano. Con esto queda suficientemente demostrado hasta dónde podía llegar la protección á las letras que solía aparentar.

Tampoco influyó Alberto II en el movimiento de la nueva era de estudios, á causa de su reinado cortísimo y agitado por guerras, aunque por otra parte no le faltaba afición á las ciencias y letras, como todos los reyes y emperadores de Alemania desde Carlos IV, que había conocido á Petrarca, y si bien no se entusiasmó por este vate, se le mostró afable y condescendiente. El que más interés manifestó por los literatos en las dos veces que estuvo en Italia, en 1414 y 1432, fué el emperador Segismundo, que reinó desde 1411 hasta 1437. Poca fortuna tuvo en política, pero entre los literatos y hombres de ciencia dejó la mejor impresión, ya por su afabilidad, ya por sus mercedes imperiales, aunque estas nunca consistieron en recompensas y auxilios pecuniarios, atendido que el dinero era lo que cabalmente procuraba adquirir con sus munificencias, que consistían en honores y títulos. Escuchaba con paciencia los discursos latinos y conversaba con los literatos, aunque no siempre sobre ciencias y



Medalla con el retrato del emperador Federico III. Existente en el museo numismático de Berlín

obras literarias, con lo cual dejaba muy contentos á los autores y eruditos, como Beccadelli y Ciriaco de Ancona. Este último le enseñó y le explicó á su instancia las antigüedades de Roma. Cuando Segismundo marchó á su desgraciada campaña contra los turcos, llevó consigo al eminente sabio P. P. Bergerio, á quien había conocido en el concilio de Constancia y al cual encargó, como hombre universal, trabajos teológicos, diplomáticos y otros, entre ellos la traducción de la historia de Alejandro Magno por Arriano, en lenguaje sencillo, pues que no entendía cosas escritas en estilo elevado y florido.

En el reinado de Federico III pasó Eneas Silvio á Alemania y fué para este país un apóstol por lo que respecta á las humanidades. El emperador Federico III era, al decir de Jorge Voigt (1): «Un carácter flemático á quien nada era capaz de sacar de sus ocupaciones favoritas, el jardín, los animales de corral, la contemplación de sus joyas, la astrología y la alquimia. Era incapaz de interesarse por otra cosa ni de aprender nada nuevo, ni tuvo jamás deseo alguno de estudiar de veras.» Muy lejos de ser obtuso de entendimiento, era en extremo astuto en el trato con las personas, lo mismo que en los asuntos de importancia, y sus ocurrencias chuscas y á menudo bastante groseras, pero bonachonas, se referían con placer aun mucho después de su muerte. Le gustaban las recepciones fastuosas en que había de escuchar, al estilo de la época, largos discursos latinos, y si perdía el hilo cuando el orador era hábil y se remontaba á demasiada

(1) Profesor en Leipzig y autor de una biografía de Eneas Silvio. (N. del T.)

altura, en cambio se reía de buena gana de los pobres que se cortaban ó no sabían explicarse. Así sucedió á un pobre maestro de escuela, contratado á gran precio por los ciudadanos de Reinsfeld para saludar al emperador á su paso, y que después de haber compuesto, estudiado y aprendido de memoria su discurso, se quedó tan cortado á las tres primeras palabras: *Beneveneritis domine rex*, que no se acordó ni de una sola palabra más. Era este soberano comedido en todo, sobrio, paciente, casto, profundamente religioso y gran

devoto de su patron San Jorge. En la iglesia no entraba sino de gran gala, para mostrar así el respeto y veneración que le merecía el templo de Dios.

Muchos de sus predecesores habían aprovechado el poder imperial para aumentar sus estados propios, en vista de que su dignidad apenas les permitía otra cosa; Federico III, que encontró el imperio en un estado verdaderamente lastimoso, empleó su influencia poco menos que exclusivamente en extender los Estados y el poder de su casa, que era la de



Copia de un grabado en madera por Juan Burgkmair, representando á Maximiliano en su clase. Ilustración de la historia del *Weisskunig*

Habsburgo. Por esto no hizo ni el más pequeño sacrificio para representar imperio con la ostentación debida. Distinta conducta habían seguido otros emperadores predecesores suyos, sobre todo en Italia, para imponer á los italianos y aumentar allí el número de sus parciales, confirmando derechos y fueros, y mostrándose liberales en todo. Federico, por lo contrario, fué á Italia solo para recoger dinero vendiendo títulos sonoros y dignidades nominales. Así los poetas hablaban de él con desprecio, aunque le ensalzaron en sus escritos por pura rutina y por el título de «emperador del Sacro Imperio Romano,» que les recordaba las glorias de la historia antigua de su país.

En su reinado perdió la Alemania territorios importantes; Dinamarca se agregó los ducados de Schleswig y de Holstein; la Prusia oriental se hizo provincia polaca, y la Bohemia se constituyó en reino independiente; la Borgoña se alzó amenazadora del lado del Rin, y el rey de Francia, cada vez más potente, era un vecino no menos peligroso. Por otro lado, los turcos desde 1463 invadían cada año el territorio

del imperio por el lado Este, asolando, saqueando, devastando el país y llevándose como botín, además de todos los objetos de valor, millares de personas para venderlas por esclavas. En medio de tamañas calamidades no hacían nada los soberanos alemanes para rechazar á los enemigos exteriores ni para unirse y dar á la cabeza del imperio medios de proceder enérgicamente; los parlamentos ó dietas discutían cuestiones religiosas ó escogitaban medios para sofocar la insurrección de poblaciones rurales, exasperadas por la opresión de sus señores, por la miseria y por la servidumbre. Los grandes, los duques, los príncipes electores y otros magnates, procuraban aumentar sus territorios y poderío á costa de otros señores más débiles; y con esto el imperio decayó al mismo tiempo que la autoridad imperial.

Con semejante emperador, verdadero soberano solamente en sus Estados hereditarios, y con los demás soberanos más ignorantes, más toscos y más bárbaros, y atendida además la situación miserable de todo el país, era imposible que prosperase el estudio, y así lo comprendió Eneas Silvio cuan-